

SHIPLEY, Graham, *The Greek world after Alexander 323-30 b. C.*, London, Routledge, 2000.

Los libros de texto universitarios no deben ser considerados receptáculo de los datos que se preguntarán en un examen, sino instrumento de trabajo que exponga una síntesis del conocimiento actual que sirva a los estudiantes lectores para ir más allá y, en el caso de los de historia, ayudarles a plantear problemas. Es entonces su capacidad de estimular el pensamiento su calidad decisiva.

Es por ello que *La civilización helenística* de William W. Tarn y Guy T. Griffith es una obra óptima en este género.¹ Este libro fue escrito originalmente por Tarn solo y apareció en 1927. Se trata de una expresión fiel de una época obsesionada por la “cuestión social”. Obviamente, setenta y cinco años después (y cincuenta después de su tercera edición final) se han encontrado muchos datos nuevos y no se puede enfocar la historia como entonces; sin embargo la obra, que ya no se puede leer como la última palabra sino como un clásico, transmite un gran entusiasmo por dar a conocer un mundo que fascinaba a los autores y que deja la impresión de que el conocimiento de la época helenística es poderosamente actual.

Esto es tanto más notable cuanto que este periodo ha pasado casi siempre inadvertido o, en el mejor de los casos, no distinguido de la

¹ Esta obra ha sido traducida excelentemente por Juan José Utrilla y publicada en México por el Fondo de Cultura Económica en 1969.

PALABRAS CLAVE: clásico, historia, helenismo.

RECEPCIÓN: 27 de agosto de 2002.

ACEPTACIÓN: 18 de septiembre de 2002.

época clásica. De hecho, el periodo helenístico es el menos investigado y estudiado de la antigüedad clásica² y ello tiene una explicación muy clara. Es un lugar común que la historia la escriben los vencedores y los reinos helenísticos fueron derrotados y conquistados, casi todos por Roma y algunos más por Partia. Tal derrota no podía dejar de tener consecuencias para las obras de historia y no sorprende que, de las muchas obras de historia escritas en ese periodo de casi trescientos años (323-30),³ sólo dos han llegado parcialmente completas: las *Historias* de Polibio y la *Biblioteca histórica* de Diodoro de Sicilia.⁴ De hecho, los propios griegos que vivieron bajo el Imperio Romano despreciaban los reinos helenísticos y el periodo de su predominio. El vocero más claro de esta tendencia fue un orador adulator del imperio, Arístides, quien, en un discurso dedicado (en los dos sentidos de la palabra) a Roma, afirmó que los estados en cuestión se parecían “más bien al latrocinio que al reino” (24).

Como es bien sabido, aunque no todos lo vean así, fue Johann Gustav Droysen el historiador genial que, a mediados del siglo antepasado, definió el periodo helenístico como aquel en el cual se fusionaron las culturas griega y oriental, fusión que explicaría la génesis del cristianismo. Sin embargo, en estos tiempos de incompreensión de la historia, Reinhold Bichler, profesor de historia antigua en la Universidad de Innsbruck, ha escrito un libro en el que ataca la noción misma de una época o un mundo helenísticos y propone que se le conciba como una caja cronológica sin significado propio.⁵ Es claro

² Se tiende a distinguir la antigüedad en el Viejo Mundo en dos periodos: el oriental, que abarca Egipto, las culturas de Asia occidental y, a veces, las de la Cuenca del Indo y el clásico, con las culturas griega y romana como las principales.

³ Las fechas sin indicación (o los casos obvios como los de publicación de obras modernas) corresponden a la era anterior a Cristo. No hay unanimidad en la cronología de la época helenística, como, por lo demás, en ninguna otra cuestión histórica.

⁴ Por parcialmente completa entiéndase que han llegado libros completos de las respectivas obras, pero algunos de ellos se conocen sólo por fragmentos; en efecto, citas, resúmenes o extractos. Sobre este asunto, véase Claire Préaux, “Sur le naufrage de la littérature historique de l’âge hellénistique”, en *OLP*, V/VI, 1975/1976, pp. 455-462.

⁵ Reinhold Bichler, “Hellenismus”. *Geschichte und Problematik eines Epochenbegriffs*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1983. Véase mi polémica en su contra en *Dos aproximaciones a la historiografía de la antigüedad clásica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, pp. 65-80.

que Bichler no entiende que la periodización es una interpretación histórica como cualquier otra y que, en consecuencia, es deber de los historiadores optar por una de manera consciente y no resignarse a una con la que no se está de acuerdo sólo porque es la visión que se ha impuesto. Precisamente el trabajo científico del historiador consiste en cuestionar las visiones dominantes de la historia y, de hecho, esto es lo único que justifica y da sentido a su quehacer.

Pero, ya se dijo, estos son tiempos de incompreensión de la historia y Bichler ha encontrado eco en la obra reseñada, la cual, desde su propio título —*El mundo griego después de Alejandro 323-30 a. C.*— expresa una posición contraria a Droysen y en la primera nota caracteriza la obra de Bichler como una “deconstrucción exhaustiva y magistral” (p. 422) para terminar así su discusión inicial sobre la cronología y definición de la época:

A pesar de los problemas relacionados con el calificativo de “helenístico”, éste sigue siendo una etiqueta conveniente y clara para el periodo que comienza con Alejandro, usualmente con su muerte en 323 a. C. ... El término se conserva en este libro, pero sólo como un marcador cronológico. Como todos los “periodos” en la historia, el helenístico es una construcción en gran parte arbitraria.

Por lo dicho en este pasaje, Shipley (S), lector en la Universidad de Leicester,⁶ no cree en los periodos y, por lo tanto, él tampoco entiende la periodización como una forma de interpretar y, en consecuencia, no le molesta que ella sea una construcción arbitraria. Que esta actitud sea consecuencia del desprestigio de los reinos helenísticos lo sugiere el hecho de que en ninguno de los otros tres libros de la colección en que este libro aparece y que he podido consultar⁷ se discute la pertinencia

⁶ Por lector traduzco “reader”. Los docentes de las universidades británicas suelen clasificarse en tres grados: el más bajo es el de conferencista (“lecturer”), le sigue el de lector y el más alto es el de profesor.

⁷ El libro reseñado forma parte, con otros seis, de la colección “Historia del Mundo Antiguo Routledge”, dirigida por el profesor de historia de Roma en Oxford, Fergus Millar. Los libros aludidos son *Greece in the making 1200-479 B.C.*, de Robin Osborne, *The Greek world 479-323 B.C.* de Simon Hornblower y *The beginning of Rome c. 1000-264 B.C.* de T. J. Cornell. Nótese, sin embargo, que todos los títulos tienden a la neutralidad.

del nombre del periodo ni la de sus límites cronológicos. En todo caso, para volver a la periodización, si bien es cierto que ella, como parte de la interpretación histórica es una construcción de los historiadores, como con cualquier otra, debe evitarse la arbitrariedad si no se quiere deformar la visión del periodo delimitado.

Habrà que ver en el análisis concreto del contenido del libro en cuestión qué consecuencias acarrea esta posición nihilista.

El libro se abre con un capítulo sobre "Aproximaciones y fuentes" (pp. 1-32). Las primeras se exponen en una sección intitulada "El periodo y sus problemas". En ella, después de expresar su acuerdo con Bichler, hace un somero recuento del tratamiento de la época a partir de la obra mencionada de Tarn (*supra*, p. 1) y concluye:

Aunque algunas de estas aproximaciones tienen un fundamento más sólido en las fuentes que otras, se podría mostrar que muchas de ellas son relativas históricamente, mientras que otras son excesivamente juzgadas, selectivas o exageradas. Con frecuencia, los estudiosos recientes sienten menor tentación por proponer modelos históricos demasiado amplios. Es importante comprender el periodo usando cuantos términos técnicos metodológicamente neutros sea posible —riqueza, grupos, poder, etc.— y al usar términos de análisis más determinados, tales como imperialismo o economía, definirlos con exactitud.

Con este pronunciamiento, S se coloca entre los nuevos historiadores empíricos.⁸ Ellos creen que puede haber una interpretación histórica que escape de la relatividad y conciben su trabajo como un intento, en palabras de S,

por permitir que emerja la diversidad de culturas, formas sociales y paisajes (p. 5).

En otras palabras, el historiador puede y debe librarse de su propia circunstancia histórica y dejar que los documentos mismos hablen. Nada más ajeno a la obra histórica. El historiador, ciertamente, no tiene por qué vituperar ni alabar a los hombres y mujeres del pasado, ni suprimir testimonios ni interpretarlos abusivamente pero, en

⁸ Cfr. Ricardo Martínez Lacy, *Rebeliones populares en la Grecia helenística*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, pp. 88-96.

cambio, debe partir del reconocimiento de que, como toda ciencia, la historia sólo puede aspirar a un conocimiento relativo, relatividad, en su caso, determinada por la naturaleza histórica de la humanidad. Por lo tanto, los documentos por sí mismos no pueden ayudar a hacer emerger “la diversidad de culturas, formas sociales y paisajes” y es necesario, entonces, empezar por definir el propio punto de vista, que hace pertinente o no el uso de términos discutidos y nada neutros, como por ejemplo, explotación, clases sociales, opresión, etcétera, ya que, para bien o para mal, los hechos que estos términos designan han existido y no sólo de nada sirve decir grupo en lugar de casta, estamento, capa o clase, sino que el uso de grupo puede llegar a ocultar un fenómeno real y nada neutro. La ciencia de la historia no puede ser neutra porque la misma realidad histórica no lo es.

Para pasar a las fuentes del periodo, ellas han sido analizadas magistralmente por dos historiadores. Edouard Will, en la primera edición de su magnífica *Historia política del mundo helenístico*,⁹ incluye un apéndice sobre historiadores antiguos y bizantinos cuya obra sirve como fuente del mundo helenístico. Los autores aparecen en orden alfabético, se les caracteriza en pocos párrafos y al final de cada sección hay una bibliografía.¹⁰

Por su parte, Frank W. Walbank se ha ocupado más asiduamente del asunto. Primero, en su libro *El mundo helenístico*, el primer capítulo está consagrado al tema,¹¹ mientras que en la segunda edición del volumen VII-1 de la *Cambridge ancient history* también el primer capítulo trata las “fuentes del periodo” (pp. 1-22).¹²

⁹ *Histoire politique du monde hellénistique*, 2 v., Nancy, Presses Universitaires, 1966-1967, II, pp. 469-494.

¹⁰ El apéndice fue suprimido de la segunda edición, pero sería fácil volverlo a incluir en una traducción y poner al día la bibliografía.

¹¹ *The Hellenistic world*, London, Fontana, 1981, pp. 13-28 (hay una segunda edición y una traducción al español de la primera publicada en Madrid por Tusquets).

¹² F. W. Walbank et al. (eds.), *The Cambridge ancient history*, VII-1, 2a ed., Cambridge, 1984. También *Le monde hellénistique. La Grèce et l'Orient (323-146 av. J. C.)* (2 v., Paris, Presses Universitaires de France, 1978) de Claire Préaux, contiene una parte sobre “Fuentes y métodos” (I, pp. 77-112). Esta obra ha sido traducida y publicada en Barcelona por Labor.

Shibley no conoce el apéndice de Will porque usa sólo la segunda edición, pero sí los escritos de Walbank, y su tratamiento de las fuentes resulta aún más completo que los de aquéllos, pues empieza explicando qué son los fragmentos, noción importante por la ya mencionada pérdida de casi toda la obra de los historiadores helenísticos; a continuación se ocupa de los escritos sobre Alejandro,¹³ trata las obras históricas de los no griegos que usaron el griego para exponer su propia cultura (Manetón, Beroso, Flavio Josefo), rompe precedentes al ocuparse de la literatura no histórica (como son las obras de Arato de Solos, de Teócrito o de Calímaco, por ejemplo). Al tratar las fuentes no literarias incluye papiros, inscripciones, las monedas y una fuente no escrita: la arqueología.

Concluye Shibley esta sección:

Espero que la revisión rápida de los alcances de las fuentes habrá convencido al lector de que, lejos de ser el periodo histórico inferior como con frecuencia se ha concebido, la época posterior a Alejandro Magno no sólo es rica en fuentes, sino que además plantea problemas de interpretación histórica que cualquier sociedad que se llame civilizada haría bien en considerar (pp. 31-32).

A continuación, enumera una serie de asuntos sin orden aparente.

El resto del libro está organizado alternando capítulos narrativos con exposiciones de algunos aspectos culturales de la manera siguiente:

- II. Alejandro y sus sucesores hasta 276 a.C.
- III. Reyes y ciudades.
- IV. Macedonia y Grecia.
- V. Religión y filosofía.
- VI. El Egipto ptolemaico.
- VII. Literatura e identidad social.
- VIII. El reino seléucida y Pérgamo.
- IX. Entendiendo el cosmos: La “ciencia” griega después de Aristóteles.
- X. Roma y Grecia.

¹³ Todos los tratados históricos conservados datan del siglo I a. C. en adelante.

En general, la exposición es clara y deja una visión nítida de lo que fue este periodo, pero la aversión de Shipley por las ideas generales hace que su método de exposición parezca arbitrario y, en el fondo, lo es.

Es evidente, por ejemplo, la conveniencia de empezar por exponer las guerras de los diádocos,¹⁴ pues su resultado dejó una constelación de estados que se mantuvo hasta que los romanos llegaron a Grecia para quedarse (en 200). Asimismo, exponer como primer tema no narrativo las relaciones entre reyes y polis (para disociar el fenómeno urbano del político, cosa que Shipley no hace) es necesario porque los reyes se convirtieron en interlocutores primordiales de los estados griegos que habían existido hasta entonces y esa relación fue la novedad principal del periodo, pero S nunca explica por qué tratar la religión y la filosofía en un mismo capítulo, sólo dice que la religión era otro y más antiguo sistema de creencias (p. 153). Sintomáticamente, no se hace siquiera mención de la ideología ni explica las diferencias ideológicas precisamente entre ambos sistemas. Igualmente enigmática parece la relación entre literatura e identidad social, que se tratan juntas, como si fuera obvia su identificación. Finalmente, alega el autor que los griegos no tenían la misma concepción de ciencia que en la actualidad, por eso en el título del capítulo se entrecomilla la palabra. Tiene razón al autor al afirmar (p. 326) que

para explicar el pasado en términos satisfactorios debemos hacerlo en términos significativos para el presente, siendo a la vez claros acerca de las diferencias entre cómo nosotros concebimos las cosas y cómo lo hicieron los antiguos.

Sin embargo, fácilmente se habría podido ahondar en el tema y cuestionar ambas concepciones.

Hay omisiones graves. La más evidente me parece ser los conflictos sociales. Desde luego, ellos se mencionan, pero cada uno por separado y sin relación entre sí. Para hablar de un caso paradigmático, me ocuparé de la exposición sobre “las ‘revoluciones’ espartanas y sus consecuencias” (pp. 140-148). Nótese de entrada cómo las nunca explicadas comillas liberan a Shipley de cualquier toma de posición a

¹⁴ *Diadóchoi* (διαδόχοι) significa sucesor en griego y ya Droysen adoptó la palabra germanizada (*Diadochen*) para designarlos.

pesar de que en la bibliografía aparece un artículo de Mose I. Finley donde se descarta la idea de que las reformas de Agis IV, Cleómenes III y Nabis (realizadas entre 243 y 192) puedan considerarse un fenómeno revolucionario y a pesar de hacer referencia constante a Walbank, para quien estas reformas son la revolución helenística por antonomasia.¹⁵

En cuanto a los detalles de la exposición, Shipley no incluye en su bibliografía el importantísimo libro de Pierre Vidal-Naquet, *El cazador negro*, que tiene un capítulo intitulado “Reflexiones sobre la historiografía griega de la esclavitud”. En él explica cómo los espartanos vivían en guerra constante y declarada (cada año) con sus siervos los ilotas, así que cuando el autor del libro reseñado afirma que éstos “sólo se rebelaron raramente” (p. 141) ignora que esto no es lo importante, sino la amenaza permanente de rebelión.¹⁶ Al hablar de la invitación de Cleómenes al innostrado hermano de Agis IV, Arquidamo, se omite decir que éste la aceptó, pero murió en circunstancias misteriosas sin haber llegado a Esparta y que Cleómenes fue el principal sospechoso de esa muerte, ni que él nombró colega suyo a su hermano Euclidas, con lo que de hecho destronó a la dinastía de los Euripónidas (pp. 144-145). Afirma que los periecos que pagaron por su libertad antes de la batalla de Selasia fueron incorporados al ejército espartano, pero el testimonio de Plutarco (*Cleom.*, 23, 1) es ambiguo.¹⁷

En todo caso, en general, Shipley tiene razón en no creer en el idealismo de los tres reyes reformadores y hacer hincapié en su pragmatismo, pero omite mencionar las disensiones entre los espartanos, algunos favorables a las reformas y otros en contra.

Es, en cambio, acertado tratar, por una parte, Macedonia y Grecia y, por la otra, los reinos egipcio y sirio (con el pergamenio) porque cada una de las tres áreas era distinta (aunque los reinos no europeos tenían

¹⁵ El artículo de Finley es “Revolution in antiquity”, en R. Porter y M. Teich (eds.), *Revolution in history*, Cambridge, University Press, 1986, pp. 5-60; Walbank, op. cit. (n. 11), p. 170.

¹⁶ *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, Paris, François Maspero, 1981, pp. 223-248. El libro ha sido reeditado y hay una traducción al español publicada en Barcelona por Paidós.

¹⁷ La ambigüedad de Plutarco no obsta, sin embargo, para que la idea adoptada tácitamente por Shipley sea la dominante.

rasgos comunes entre sí). En el tratamiento de Grecia se habla demasiado laxamente del dominio, primero macedonio y luego romano, y nunca se explica que se trataba de una hegemonía informal. Hubiera sido conveniente hacer una exposición más sistemática que la de las páginas 73 a 86 de las declaraciones de libertad de Grecia, desde la de Polipercón (319) hasta la de Flaminio (196), de las ligas entre Macedonia y los griegos fundadas varias veces, de cómo los distintos reyes rivalizaban entre sí para atraerse a las distintas polis. Análogamente, al tratar las relaciones entre Grecia y los romanos se omite recurrir a las obras de Reinhardt Bernhardt, *Imperium y eleuthería. La política romana hacia las ciudades libres del Oriente griego y La polis y el dominio romano en la república tardía (149-31 a. C.)*¹⁸ Bernhardt, en la medida en que las fuentes lo permiten, indica con todo detalle el status político de todas las polis griegas ante Roma. Otra omisión importante es la del, de manera casi unánime, injustamente menospreciado libro de Stephan Podes, *La dependencia de Roma del Oriente helenístico en la época de la formación del Imperio Romano*.¹⁹ Este autor es un excéntrico que demuestra con fórmulas y ecuaciones que la incorporación de la Grecia al Imperio Romano implicó una alianza entre las clases dominantes griegas y romana, tesis ya expresada de manera más convencional pero siguiendo acriticamente el vocabulario de las fuentes por otro libro al que tampoco recurre Shipley: *La oposición política contra Roma en Grecia 217-86 a. C.* de Jürgen Deininger.²⁰

En cambio, no vale la pena plantear una evaluación moral de la expansión romana a costa de los estados helenísticos (p. 369). No importa saber si los romanos eran buenos o malos, lo que debe preocupar es entender los mecanismos de su expansión.

¹⁸ Respectivamente, *Imperium und Eleutheria. Die römische Politik gegenüber den freien Städten der griechischen Ostens*, tesis doctoral, Hamburg, 1971, y *Polis und römische Herrschaft in der späten Republik (149-31 v. Chr.)*, Berlin, Walter de Gruyter, 1985.

¹⁹ *Die Dependenz des hellenistischen Osten von Rom zur Zeit der römischen Reichsbildung. Ein Erklärungsversuch zur römischen Imperialismus aus der Sicht der Geschichte als historische Sozialwissenschaft*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1986.

²⁰ *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland 217-86 v. Chr.*, Berlin, Walter de Gruyter, 1971.

Por otra parte, al exponer el fin de las dinastías Lágida y Seléucida, Shipley no dice que su fracaso no significó el cambio de formación económico social prevaleciente en sus reinos. Los romanos siguieron gobernando (y explotando) a los egipcios y a los asiáticos como sus reyes helenísticos lo habían hecho anteriormente. No hubo un fracaso de los respectivos sistemas.²¹

En cambio, hay que estar de acuerdo con Shipley cuando dice que

la captura romana de Grecia no es una parte de historia separada del periodo helenístico (p. 368),

por lo que se extraña una exposición más amplia de la política oriental de César (mencionada sólo en las páginas 213 y 397 a 398) y, sobre todo, de la de Marco Antonio (de quien se hace mención nada más en las páginas 172, 213 y 397).

El libro contiene 399 páginas de texto, seis de cronología, seis de apéndices, catorce de sugerencias para lecturas posteriores (en la que Shipley considera necesario aconsejar a sus lectores que lean las notas), 52 de notas, 61 de bibliografía y 36 de índices.

A pesar de su extensión, la bibliografía contiene serias omisiones (aparte de las ya señaladas en las páginas 8 a 9). De André Aymard se recopiló en sus *Études d'histoire ancienne*, entre otros, un artículo intitulado "L'institution monarchique".²² En este artículo se explica que los reyes helenísticos no tenían reino —no eran reyes *de* tal o cual reino—pero sí pretensiones de ser, cada uno, el único heredero legítimo de Alejandro. Otra omisión importante es "Le monde hellénistique" de Edouard Will en el libro editado por él mismo, *Le monde grec et l'Orient. II Le IVe. siècle et l'époque hellénistique*.²³ En estas páginas, Will presenta una admirable síntesis, no sólo de la política helenística, sino también de la economía, la sociedad y la cultura. La monumental obra de W. Kendrick Pritchett, *El estado griego en*

²¹ Mikhail I. Rostovtzeff comete el mismo error en su monumental y justamente apreciada *Social and economic history of the Hellenistic world*, 3 v., Oxford, Clarendon Press, 1941. De este libro hay una segunda edición de 1954 y una traducción publicada en Madrid por Espasa-Calpe, 1967.

²² Paris, Presses Universitaires de France, 1967, pp. 123-135.

²³ Paris, Presses Universitaires de France, 1975, pp. 335-645.

guerra (*The Greek state at war*, 5 v., Berkeley, University of California Press, 1972-1991) incluye la época helenística. Muchos artículos del historiador israelí Alexander Fuks están convenientemente agrupados en el libro *Conflictos sociales en la Grecia antigua*.²⁴ Se extraña también la no inclusión del importante libro de Kenneth S. Sacks *Diodoro de Sicilia y el siglo I*.²⁵ Tampoco se incluye el útil manual sobre el periodo de los diádocos de Jakob Seibert.²⁶ Pero la ausencia que más se nota es la del manual más reciente anterior al de Shipley: *Historia de la época helenística* de Hans-Joachim Gehrke.²⁷

En pocas palabras, el libro de Shipley es una síntesis posmoderna que expresa desconfianza en cualquier generalización. Por lo tanto, la relatividad histórica, de la que el autor pretendía escapar, es profunda.

Ricardo MARTÍNEZ LACY

²⁴ *Social conflict in ancient Greece*, Jerusalén, Magnet Press, 1984.

²⁵ *Diodorus Siculus and the first century*, Princeton, University Press, 1990.

²⁶ *Das Zeitalter der Diadochen*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1983.

²⁷ *Geschichte des Hellenismus*, München, Oldenbourg, 1990.

